

EL TEMA DEL AMOR

Si algún recuerdo tengo del Jueves Santo, íntimo, familiar, de sobremesa, como corresponde al banquete eucarístico en el que se sentara Jesús, es aquél que un familiar mío, que hacía normalmente de diácono en las ceremonias solemnes de nuestra parroquia, comentó, a los pobres, y con ese sabor de dulzura lo conservo.

Pasada la Semana Santa, nos hablaba de que el predicador, un jesuita venido de lejos, era muy atento. Que había tenido algunas charlas con él, en la sacristía, momentos antes de las funciones religiosas.

El día de Jueves Santo, antes de iniciarse los cultos, estaba muy preocupado por el debut de un novicio, que en su convento iba a pronunciar el sermón del Mandato.

A la hora en que se subiera al púlpito el predicador, en aquel aproximado momento en que se signara, en el que una frase latina, palpitante de Amor, correría entre el chisporroteo de las velas y la atmósfera del incienso, su pensamiento estaba puesto en el alumno, en el novicio, de sobrepelliz rizada, cuyos brazos eran los de la propia cruz, y cuya mano, temblorosa, se cogería a la verde borla.

Aquel comentario me calara porque, además, según dijera, el intérprete de este Amor andaba por los veinte años, una juventud entregada a Cristo. Sus labios aventando ya el Amor que Cristo enseñara, el eco de su voz, que jamás se puede apagar.

No deja de ser un milagro esta preocupación, ignorada por el auditorio, antes de subir al púlpito en un Jueves Santo. Sin duda, la petición por él, al cielo elevada, para que el Amor de Cristo, repetido, de maestro y discípulo, a todo el mundo llegara, en aquella hora. Quién diría que aquel hecho estaría hoy aquí, entre estas hojas.

Esta impresión la tengo fijada. Me acompaña, como adorno, ante cualquier pie misionero que, en el Jueves Santo, suba las gradas para ir a la cátedra. Es un misterio en la entraña del Jueves Santo, cuando Cristo lava los pies a los que quiere tanto, cuando siembra su palabra, para que renazca, como en aquel portentoso instante. Desde el Monumento gozaría al ver este tejer amoroso en que el sagrado orador, sin nadie saberlo, pide por una boca que, por vez primera, con miedo, va a hablar a los corazones sobre tan insondable tema. Mi recuerdo se alza, de nuevo, con llamada de lucero. Perdura, gracias a este poderoso Amor. Gracias a él se sostienen estas letras. Es un milagro, es un misterio. ¡Entre nosotros está el Señor!

Luis ROMAY G. ARIAS